

JOSÉ ANTONIO FIDEU

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA MAGIA



premio minotauro 2016

JOSÉ ANTONIO FIDEU

LOS
ÚLTIMOS
AÑOS
DE LA
MAGIA

minotauro

Primera edición: octubre de 2016

© José Antonio Fideu, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0400-5

Depósito legal: B. 17.282-2016

Fotocomposición: Pleka

Impresión: Egedsa

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

I. Aurelius Wyllt, el Gran Houdin y Walter Acisclo MacQuoid	9
II. La puerta de tiza y otros asombrosos trucos.	25
III. La maquinaria de los sueños perfectos.	42
IV. El Aleph	54
V. Un asunto entre caballeros	66
VI. La maldición del recuerdo	71
VII. Villa Oniria	84
VIII. Del granate más profundo y plagada de espinas. . . 91	
IX. El indeseado inquilino de la señora Gyllenhaal . . 101	
X. Atrapado en una luz dorada	110
XI. La maldición de la Baronesa Roja	123
XII. El cendal	134
XIII. Cicatrices	145
XIV. El compromiso de los dragones.	161
XV. El comienzo de la caza	171
XVI. Hans el Medioerizo	192
XVII. El tejo	204
XVIII. El cebo.	220
XIX. La Causalidad.	232
XX. La logia de los cazadores de cazadores	245
XXI. Batalla en la isla Leviata	254
XXII. Los que iluminamos a las estrellas.	271
XXIII. Rutas de realidad y otros viajes	283
XXIV. El Club Avalon de Nueva York.	289

XXV.	De nuevo frente a la luz	301
XXVI.	Primeros pasos en el laberinto	311
XXVII.	La semilla de kraken	318
XXVIII.	El cementerio de las hadas	328
XXIX.	Puertas se cierran... puertas se abren	339
XXX.	Trampas ordalía, anillos de custodia y la llave para abrirlos.	347
XXXI.	Nuevas verdades, viejas mentiras	357
XXXII.	Mecánica de las maldiciones	364
XXXIII.	El concilio	372
XXXIV.	El Hambre de Propp	387
XXXV.	Ninguna venganza vale tan cara	402
XXXVI.	Primeras visitas nocturnas	409
XXXVII.	Sin gloria ni despedidas, sin lágrimas de los amigos	419
XXXVIII.	La realidad sangra	425
XXXIX.	Una nueva realidad	432
XL.	Esclavo de este ser de luz	439
XLI.	Las lágrimas de Caín Nublo	451
Epílogo: Pequeños y grandes actos de rebelión (1891) . . .		457
Breve reseña biográfica de algunos personajes importantes y unos cuantos porqués		479
Agradecimientos		490

I

Aurelius Wyllt, el Gran Houdin y Walter Acisclo MacQuoid

Érase una vez... No cabría otra manera de comenzar este relato.

Érase una vez una ciudad envuelta en nieblas que comenzaba a convertirse en la capital del mundo moderno. Érase una vez, en esa ciudad, un teatro antiguo, y cerca de él, una taberna, y en la taberna, un muchacho de corazón luminoso que soñaba con mantener la luz en su interior cuando el tiempo viniera a señalarlo como adulto.

Érase una vez Aurelius Wyllt.

Aurelius era uno de esos niños huérfanos que tanto abundan en los cuentos de hadas. Sin duda, un detalle como ese, y la narración de sus párvulas andanzas en el hospicio de Saint Peter, podrían ayudarle a ganarse la simpatía del lector, lo cual nunca está de más al comienzo de cualquier historia. No obstante, pecaríamos de melodramáticos —puede que de absolutos embusteros— si empezáramos incidiendo de esta manera en su origen, sin añadir ningún comentario más al asunto.

Lo cierto es que Aurelius fue acogido por una nueva familia a los pocos meses de ser abandonado en el hospicio, y jamás llegó a echar de menos a sus progenitores. Podría decirse que aunque fue uno de los muchos niños a los que el destino dejó sin amparo en aquellos tiempos crueles, también fue uno de los pocos que logró sobrevivir a su propia mala suerte.

Aunque para relatar con propiedad los inicios de nuestro

protagonista en el mundo, puede que sea necesario remontarnos todavía más atrás en el tiempo. Quizá necesitemos conocer también algunos capítulos, aunque sea de pasada, de la vida del hombre que se convertiría en su padre adoptivo.



Una lluvia de metralla perdida acabó con la hombría de Maximilian Wylt, en Crimea, en el que él denominaba el glorioso sitio de Sebastopol. Quedó el pobre allí medio sordo de un oído, cojo y mulo, tan incapaz de caminar recto como de engendrar progenie. Y cosas del destino, lo que fuera una desgracia para él, pues lo privó de volver a disfrutar del consuelo de un vientre de mujer, terminaría convirtiéndose en la mayor suerte del pequeño.

A su regreso de la guerra, y con la intención de consolar a su apenada esposa —también herida en el ánimo por aquella traidora explosión—, el sargento Wylt consintió en pagar la suma de treinta y siete libras para concederle una falsa maternidad, que solo fue ficticia en lo que al parto se refiere.

Condecorado por la reina en persona, que hasta llegó a dirigirle la palabra durante el acto de imposición de medallas a la salida del hospital, Maximilian Wylt invirtió su renta de inválido y los restos de la modesta fortuna familiar de su mujer en inaugurar una taberna de la que él y su familia consiguieron vivir durante años. El servicio de comidas era bueno, y alquilaba habitaciones limpias y caldeadas, con lo que apenas le costó hacerse con una pronta y justa reputación de lugar fiable, en el que las gentes de bien podían hallar barato acomodo.

No sin esfuerzo, trabajando desde muy temprano hasta mucho después de que el sol se hubiera retirado, el viejo soldado logró mantenerse a flote. Las deudas, aunque siempre presentes, jamás supusieron un escollo insalvable para la nave familiar, de manera que su vida nunca llegó a convertirse en un naufragio. Vivieron bien los Wylt, y el joven Aurelius pudo incluso ir a la escuela. Mucho antes de que la ley de educación

del setenta decretara obligatoria la asistencia a clase de todos los menores de trece años, su padre consideraba ya que la formación de todo muchacho era fundamental. Por eso, en cuanto cumplió los siete, lo matriculó en una academia cercana a casa, de muy buena fama, donde no tardó en destacar por su diligencia y agudeza. Aurelius siempre afirmó que su primer contacto con la magia se produjo a través de los libros, y que jamás les habría prestado ninguna atención si aquel hombre pequeño con aspecto de chivo, su maestro, el señor Martin, no le hubiera enseñado, con sus apasionadas lecturas, a mirar en la dirección adecuada.

Lo cierto es que, a pesar de que las heridas de Maximilian Wyllt jamás dejaron de sangrar pena, el hogar que fundó con remiendos y despojos acabó convirtiéndose pronto en una verdadera familia. Aunque nunca fue muy cariñoso —pocos cabezas de familia lo eran entonces—, sí que fue un padre en el que Aurelius pudo confiar siempre. Maximilian era un hombre justo en su victoriana severidad, que consideró los tres pisos de su taberna un castillo que defender, y a los que vivían con él allí, súbditos a los que debía cuidar y sobre los que debía gobernar con magnanimidad y prudencia. Durante años fue un cojo diligente, temeroso de Dios y poco dado a la melancolía, de los que apenas se permiten arrebatos de ira y en cuyas biografías escasean las concesiones a la pereza o el desánimo. Hombre moderado en todos sus ademanes y costumbres —bebía solo jerez, un par de gotas en las fechas más señaladas—, únicamente en tres o cuatro ocasiones dejó entrever aquella pena secreta que había enterrado en lo más profundo de su alma.

Sin embargo, como suele ocurrir, Aurelius fue incapaz de valorar entonces el regalo que sus padres le ofrecieron, toda aquella costosa normalidad, y no aprendería a hacerlo hasta mucho después. Por aquella época, como uno de esos pájaros raros traídos de Oriente, que damas adineradas recluyen en jaulas de oro, Aurelius no ansiaba más que volar. Era todavía un niño, un muchacho inquieto y soñador que, más que protegido, se sentía atrapado. Se le obligaba a estudiar y trabajar con

ahínco, cuando él hubiese querido navegar en un barco pirata a la búsqueda de tesoros y aventuras, y en secreto, aborrecía su vida. Daba igual que la miseria campara a sus anchas por las calles que rodeaban la taberna. Creyéndose protagonista de la historia del universo, pensaba que nada malo podía ocurrirle... y ansiaba volar.

No obstante, este sentimiento de hastío habría permanecido inmovilizado bajo el peso de sus obligaciones diarias si un día no se hubiera encontrado, frente a la puerta de entrada del Nuevo Teatro de Dorset Garden, con un auténtico mago. Jamás habría conseguido teñir de color su gris existencia si aquel hombre misterioso no hubiera adelantando su dedo índice para señalarlo directamente, invitándolo, casi obligándolo, a buscar esa nueva vida que, según creía, siempre le había estado esperando.



Era invierno. Corría el año 1871 y Aurelius acababa de cumplir los doce años. Pocos meses antes, Charles Dickens había pasado a engrosar la lista de glorias difuntas del Imperio británico, y en Brooklyn, Nueva York, habían colocado ya la primera piedra del famoso puente colgante. El mundo avanzaba como un reloj de piezas perfectamente engrazadas hacia el futuro, sin pararse a pensar demasiado en los hombrecillos que quedaban atrapados entre los engranajes del progreso. La nieve caída durante los últimos días se mantenía limpia en los rincones, en los alfeizares de algunas ventanas y en las partes más resguardadas de los tejados. En el resto de sitios se había convertido en una pasta oscura, una suerte de bilis de la ciudad, cuya única vocación era la de entorpecer el paso de los vecinos que se atrevían a desafiar el frío.

Aurelius no era tan valiente. No habría salido si no lo hubieran mandado a hacer los recados, pero su madre llevaba varios días encontrándose mal. Así que obedeció sin perder un momento cuando el viejo Maximilian le entregó las monedas, pidiéndole que se apresurara.

—Pásate y compra manzanas en la tienda del señor Everett. Luego, acércate a la carnicería y a por las verduras. ¡Ah!, y recoge la leche, el queso y el pan.

Sin dudarlo dos veces, Aurelius tomó la cesta y el abrigo, y corrió por aquellas calles atestadas en cumplimiento de su sagrada misión. Sorteando vecinos atareados, esquivando aristocráticos carruajes y caballerías de baja alcurnia, atento a los pillos que ansiaban su monedero, avanzó hasta llegar al río. Lo cruzó y continuó luego un buen trecho caminando junto a la orilla. Solo se permitió el lujo de detenerse en el taller del señor Battaglia para admirar el lento y preciso movimiento de los juguetes de cuerda que el maestro exponía en el escaparate, junto a sus relojes. Y fue entonces, poco después de reanudar la marcha, cuando, de la manera y en el momento más inesperados, se encontró con el hombre que habría de cambiar su destino.

Caminaba imitando los andares de su padre, un pie sobre la acera y otro sobre la calzada, tratando de convertir aquel paseo en otra gran aventura, cuando un empujón inesperado le hizo tropezar. Fue a caer de rodillas sobre un charco, calándose hasta los huesos. La realidad, quizá dolida por sus continuos desprecios, lo recibió con una dureza exagerada. Y solo al tratar de incorporarse, cayó en la cuenta del lugar en que se encontraba, precisamente frente a la entrada del Nuevo Teatro del Duque de York.

Es curioso, pero rememorando aquel día años después, Aurelius agradecería que la nieve se hubiera convertido en hielo en tantos lugares y que el frío hubiera obligado a la gente a apresurarse. De otra manera, él jamás habría caído, jamás habría blandido el puño maldiciendo el descuido de aquel hombre y jamás se habría fijado en los cartelones. Pero así ocurrió, y al alzar el rostro, su voluntad quedó atrapada para siempre por aquella enigmática mirada impresa.

El rey de los magos se encontraba frente a él y, de alguna manera inexplicable, había conseguido hechizarlo. Lo señalaba... Puede que aquellas imágenes de hermosísimas sacerdotisas egipcias arrodillándose a sus pies influyeran a la hora de captar su atención de una manera tan absoluta. Lo cierto es que

Aurelius —nunca se cansó de repetirlo— pensó siempre que había sido alguna forma de arcana hechicería, inscrita en aquellos anuncios, la que se había apoderado de su albedrío.

Fuera de una manera u otra, a partir de aquel instante no hubo para él más finalidad en su vida que la de presentarse ante el Gran Houdin —así se hacía llamar aquel mago francés— para aprender sus secretos. Cuando consiguió por fin librarse del embrujo que lo mantenía embelesado, se apresuró a terminar los recados y regresó corriendo a casa para informar a sus padres de su recién nacida vocación. Y es que, tres parpadeos después de haberse encontrado con la imagen pintada de Jean Eugène Robert-Houdin, Aurelius había decidido lo que quería ser de mayor: quería ser mago.

Por supuesto, sus padres recibieron la noticia con escaso entusiasmo. Su madre, con poco ánimo para regañarle, lo acusó de tener la cabeza en las nubes y, mostrándole las verduras que había traído, le recriminó el haber confundido berzas con puerros. Además, había olvidado el ruibarbo para los postres.

—¿Iremos a verlo? —preguntó Aurelius mientras perseguía a su padre. El veterano apenas levantó la cabeza para mirarlo de reojo un par de veces—. En los carteles se asegura que es capaz de cortar la cabeza a un hombre y de volver a colocarla en su sitio...

—Yo también sería capaz de hacerlo —contestó Maximilian con sorna, concediéndose una breve tregua en sus quehaceres—. Tu madre dice que mi pudín de Yorkshire resucita a los muertos. No veo el prodigio en eso.

—¡Padre, hablo en serio! El muerto vuelve a caminar luego.

—¡Anda Aurelius, no seas cándido! —La mirada de Maximilian permaneció fija en el rostro de su hijo, aunque lo que veía quedaba muy lejos de allí, quizás al fondo de su propia memoria—. Los muertos no resucitan... ninguno. Te lo aseguro.

—Pero, padre...

—Venga... —Lo interrumpió con un aleteo de la mano—. No pierdas el tiempo con esas tonterías... Te lo digo yo, que por desgracia he visto muchos. Los muertos, si están muertos de verdad, no resucitan, hijo mío. Ninguno.

Apenas había reanudado el hombre la faena cuando el muchacho volvió a engancharse de su mandil para, con insistentes estirones, recuperar su atención. Dejando en el suelo el barril que acababa de cargar sobre su hombro, Maximilian Wyllt esperó, con los brazos en jarras, a que su hijo alegara nuevas y absurdas razones.

—Jesucristo resucitó. —Aquellas indudables palabras suponían una victoria absoluta para Aurelius. Al menos eso creía él.

—¿No irás a comparar a ese charlatán francés con el hijo de Nuestro Señor? —La paciencia de Maximilian comenzaba a agotarse—. Creo, señorito, que estás diciendo tonterías de un calibre que ni tú mismo eres capaz de medir...

—Pero ¿me llevará a verlo?

—No, desde luego que no. —El tono de voz de su padre comenzó a elevarse, volviéndose poco a poco más duro—. Se me ocurren mil maneras mejores que esa de gastar el dinero que tanto esfuerzo me cuesta ganar. Así que ve olvidándote del asunto y procura no desatender tus obligaciones... ¡Magos! —Mientras se alejaba dándole la espalda, todavía tuvo tiempo de sentenciar para sí, aunque en voz lo suficientemente alta como para que lo oyeran todos—: Lo que me faltaba ya...

Sin embargo, la negativa de sus padres no logró desanimar a Aurelius. Para él, todo había dejado de tener importancia menos su nueva meta. Por eso, esperó inquieto, dejando pasar la tarde, disimulando su ansia entre faena y faena. Mientras su cuerpo sonámbulo secaba jarras y platos, movía barriles y barría el suelo, su mente funcionaba a toda máquina, tratando de diseñar el plan más audaz. Encontró rápido la víctima que habría de ponerse a su servicio sin ni siquiera saberlo, y estableció los pasos que, al sucederse de manera exacta, terminarían conduciéndolo al triunfo. El mártir sería otro veterano de guerra, Walter Acisclo MacQuoid, a la sazón tramoyista del teatro. Cliente asiduo de los de nariz colorada y costumbres fijas, al finalizar cada jornada pasaba siempre por allí buscando su ración diaria de cerveza y olvido... Era perfecto.

Aurelius lo trató aquel día de manera especialmente atenta,

adelantándose a servirle antes de que lo hiciera su padre. Tras verlo apurar la tercera pinta, consideró que ya tendría la lengua bien dispuesta. Se acercó a él y le preguntó por el asunto. Albergaba la esperanza de que aquel hombre, que siempre se había mostrado amable al trato, le desvelara entre trago y trago los secretos que tanto ansiaba conocer. Sin duda habría sido testigo de los prodigios del Gran Houdin en los ensayos.

Por desgracia, una vez más hubo de conformarse con negativas y silencios. El pobre Walter le pareció ignorante como una rueda de molino, y apenas fue capaz de contarle nada. Y es que hay hombres tan poco amigos de la poesía que serían incapaces de ver un dragón aunque se posara en sus narices. Esa noche, Aurelius se fue a la cama sintiéndose el mayor fracasado del mundo. Era incapaz de entender cómo alguien había dejado pasar una oportunidad así.

Solo recuperó el ánimo al día siguiente, cuando al llegar a la escuela, el maestro los sorprendió declarándose admirador del gran mago y, a su manera, predicador de sus milagros.

—A ver, señor O'Malley... —El profesor señaló a uno de los muchachos—. Si pudiera elegir, ¿a qué gran hombre le gustaría conocer? Y no me refiero únicamente a hombres vivos, ustedes ya me entienden...

Caballero de humor variable, el maestro podía pasar en un momento de la furia más exacerbada, una furia casi siempre venial, a la oda más poética. No era raro que interrumpiera la clase para, abandonando la materia que tocara, dedicarse a comentar con sus alumnos los más peregrinos temas. Los sabios, antiguos y modernos, eran desatendidos en ese caso para dar paso a las más discutibles disertaciones filosóficas, literarias o mitológicas.

—A mí me gustaría conocer a... al almirante Nelson, señor.

—Ah, muy bien. —El maestro aprobó la elección, asintiendo y señalando al muchacho con sus anteojos—. Nelson, un gran hombre, desde luego... ¿Y usted, señor Wyllt? Vamos, dígame a su elegido, pero que sea individuo de carne y hueso, no uno de esos aventureros de novela que tanto le gustan.

Aurelius respondió con timidez cuando el señor Martin, tras animarlo a dar un nombre sin miedo, le aseguró que no habría reprimenda, eligiera a quien eligiese. Por supuesto, ignorando a Alejandro Magno, a Shakespeare e incluso al mismísimo Jesucristo, se decantó por aquel mago que lo había señalado con el dedo a la entrada del Nuevo Teatro de Dorset Garden.

—Pero usted es consciente de que muchos acusan al tal Houdin de haber sellado un oscuro pacto con el diablo.

—No, señor... —Aurelius contestó contrariado, casi disculpándose—. No tenía ni idea.

—Pues lo han hecho. —El maestro se puso en pie y con teatrales ademanes se dispuso a explicar su aseveración. Los alumnos anticiparon con satisfacción la llegada de un nuevo alarde de erudición, preparándose para un merecido descanso—. Aunque solo piensan de esa manera los necios. No hay maldad en Houdin y su arte. De hecho, ese hombre es el más florido exponente de la razón aplicada al divertimento humano. Detrás de cada uno de sus trucos, ¿saben ustedes lo que hay?

Todos negaron casi al unísono.

—Pues detrás de la magia del Gran Houdin —continuó condescendiente, gesticulando de manera excesiva con las manos—, no hay más que ciencia, ingenio y saber...

Efectivamente, el señor Martin, atento siempre a ese tipo de oportunidades, aprovechó la ocasión, y olvidándose una vez más de los grandes hombres, del resto de alumnos y casi del mundo entero, se lanzó a improvisar un nuevo discurso dedicado a glosar los logros de aquel galo insigne. Así fue como Aurelius supo de su viaje a Argelia como embajador de Napoleón III. Los mulás, líderes religiosos que haciendo uso de milagros falsos habían animado a los nativos a rebelarse contra los colonos franceses, fueron sus adversarios. Según contaba la leyenda —leyenda que el maestro creía a pies juntillas—, el mago había iniciado su duelo deteniendo una bala con la boca, y lo había culminado haciendo alarde de la ya famosa suspensión etérea. De esta manera, flotando como una nube, se había señalado ante aquellos rebeldes como manejador de oscuras potencias sobrenaturales.

Eso le valió para ganarse su respeto y la victoria en la más extraña de las justas que haya tenido lugar. Y tras relatar aquel logro con el que Houdin se demostró más poderoso que cien ejércitos, el maestro habló de otros trucos de los que había sabido por periódicos franceses: el del árbol mecánico, el del decapitado —que prometía repetir muy pronto en el Nuevo Teatro del Duque de York—, o el de la transportación de su propia esposa.

Como si no tuvieran secretos para él, procedió a explicar sobre la pizarra los entresijos de aquellos prodigios, haciendo ver que no se trataba más que de ingeniosos engaños. Quizás aquellas palabras en las que se negaba todo poder sobrenatural al gran mago habrían desanimado a otro, pero para Aurelius, que las creía totalmente erradas, no supusieron más que un nuevo acicate. A partir de ese momento, entendió que debía demostrarle a su maestro que se equivocaba, con lo que su determinación se vio redoblada.

Así que, nada más llegar a casa, empezó a urdir un nuevo plan, cuyo último capítulo habría de ser la toma del teatro, donde presenciaría la gran actuación del que habría de ser su mentor en las artes místicas. Como su madre seguía indispuesta, le tocó encargarse de nuevo de casi todas las tareas, aunque en esta ocasión, lejos de tomárselo como una carga, aprovechó las circunstancias para ponerlas a su favor. Nunca antes se le había pasado por la cabeza sisar ni un penique de la caja, y tampoco era de los que pedían propina al terminar las faenas, así que no creyó estar obrando mal cuando tomó prestada la petaca del tío Arthur para rellenarla con whisky barato. Aquella botella plateada era la única herencia que Maximilian había recibido tras el fallecimiento de su hermano, aunque jamás había demostrado ningún cariño por ella. Tampoco se sintió pecador cuando esa misma tarde, con una sonrisa amigable, la introdujo en el bolsillo del señor MacQuoid. Aseguró entregarle aquella recompensa de manera altruista, en pago por su fidelidad a la casa.

Faltaba casi una semana para que el mago comenzara las representaciones, tenía un margen de tiempo que pretendía utilizar con astucia a favor de su propia causa secreta.

A los cuatro días, y siguiendo al pie de la letra aquel plan perfecto, Aurelius decidió cambiar ligeramente su *modus operandi* y, de actuar en la taberna, pasó a intentar hacerlo en el teatro. Fue la progresión lógica de su estrategia. Tratando de ir ganando territorio en una guerra que no habría de durar mucho, y seguro de que la última de sus batallas se desarrollaría allí, tomó sus armas —en realidad una sola, más licor— y emprendió la segunda fase de su ofensiva. Volvió a excusarse en el hecho de tener que completar una larga lista de recados para, entre uno y otro, acercarse a visitar a su nuevo socio.

Un grupo de hombres descansaba charloteando en la parte trasera, entre enormes cajones y lienzos enrollados. Hacían corro para calentarse alrededor de un brasero de hierro en el que quemaban despojos de alguno de los embalajes. El más viejo de ellos se dignó a prestarle un momento de atención cuando preguntó. Asintiendo con aire indiferente, señaló con su pipa al interior del teatro y tuvo incluso la deferencia de reclamar a voces la presencia del señor MacQuoid.

—¡Walter!, te buscan...

Tras una espera no demasiado larga en la que el muchacho se sintió cordero entre lobos, Walter Acisclo MacQuoid apareció arrastrando los pies, sin demasiada prisa. Apenas asomó la cabeza para mirar afuera, escupió maldiciendo por lo bajo. No fue hasta que terminó de barrer con la mirada a los peones, despreciándolos en silencio uno a uno, que cayó en la cuenta de que el joven Wyllt lo esperaba. Lo miró fijamente, incapaz de comprender. No se habría sentido más extrañado si se hubiera encontrado con la visita del mismísimo arcángel san Gabriel y un coro de querubines sonrientes.

Solo al rato consintió en salir, abandonando el resguardo de aquel umbral de ladrillo.

—Hola, muchacho. ¿Qué quieres...? —preguntó, apartándolo del resto de los peones.

Aurelius tardó un momento en contestar. Trató de ordenar en su cabeza las frases que había repasado de camino allí, en aquel momento convertidas en un informe potaje de ideas de-

masiado atrevidas, demasiado absurdas todas ellas. Sintiendo que ya no había vuelta atrás, optó por huir hacia el precipicio de la mentira, sima a la que había ido acercándose durante los últimos días sin que nadie le empujara.

—Me manda mi padre... —alcanzó a balbucear. Fue incapaz de apartar la vista del cóncave de lobos humanos que aguardaban mirándolos de reojo. Estuvo seguro de que escuchaban, de que juzgarían sus palabras con más agudeza que el señor MacQuoid, del que también desconfió. Sobrio parecía mucho más peligroso, infinitamente menos complaciente.

—¿Tu padre...? ¿Qué quiere?

—Bueno...

Aurelius miró a izquierda y derecha. Iba a contestar cuando el viejo señor MacQuoid se le adelantó.

—¡Ah, ya! Me imaginaba que te mandarían a recogerla... Aquí la tienes.

Y sacando un ovillo de amarillentos pañuelos arrugados, procedió a desenvolver el objeto que guardaba en el bolsillo. Era la vieja petaca del tío Arthur, con la que Aurelius lo había surtido de whisky barato durante los últimos días.

—Me he comprado una nueva. —Se la ofreció sonriendo y guiñándole el ojo, mostrando una desigual dentadura, con más mellas que piezas sanas, que a Aurelius le pareció el teclado de una pianola abandonada—. Pero no me ha costado barata, no creas... Ahora se venden mucho; las usan los soldados. En los barcos de la marina son más populares que los salvavidas, y no me extraña... Yo también le he descubierto utilidad. Ahí dentro hace un frío de mil demonios. Mucho más que aquí fuera.

Señaló las entrañas del teatro. Aurelius se levantó sobre las puntas de los pies y miró al interior. Las sombras confabularon en su contra, impidiéndole siquiera atisbar el más trivial de los secretos que custodiaban. Un pasillo de cajas de madera y bultos cubiertos por mantas fue todo cuanto pudo ver.

—La verdad es que el teatro debe de ser un sitio impresionante —dijo—. Sobre todo en los días de estreno.

—Sí, bueno... Lo será si vienes en carruaje, del brazo de una

elegante fulana, y no tienes que recoger el estiércol de la acera al terminar la función. A mí, la verdad, no me lo parece tanto.

—La mayoría de los muchachos que conozco darían cualquier cosa por poder conocerlo por dentro.

Aurelius se mantuvo firme, sin decir nada más, mirando con avidez hacia el interior. Esperaba que el señor MacQuoid se compadeciera de él y lo invitara a entrar, pero a la vez dudaba de que aquel hombre apreciara la sutilidad de un gesto, por evidente que fuera. Sin embargo, en aquella ocasión se vio sorprendido por una inesperada agudeza que hasta ese momento no había llegado a sospechar siquiera. Quizás, en el fondo, Walter MacQuoid no fuera tan obtuso como parecía.

—Oye —dijo—. No puedo colarte cuando hay gente, pero a lo mejor quieres echar un vistazo ahora, que está vacío. Verás como no es para tanto... pero al menos podrás chulearte delante de tus amigos.

—¿Entrar ahora? —Tratando de disimular una emoción con la que a punto estuvo de atragantarse, Aurelius bajó la mirada—. Tengo todavía que hacer unos recados, pero...

—Bueno, no quiero entretenerte. —El hombre amenazó con marcharse, comenzando a dar media vuelta.

—¡Pero si no tardamos mucho...! —Aurelius reaccionó con presteza al darse cuenta de que tanto fingimiento podía echar a perder su gran oportunidad. Interrumpiendo bruscamente al señor MacQuoid, aceptó su invitación, e inmediatamente comenzó a caminar hacia el interior del teatro sin ni siquiera echar la vista atrás, seguro de que el viejo lo seguiría como un cachorro hambriento. En aquel momento pensaba que no existía fluido más mágico, más poderoso que el whisky barato con el que había agasajado a aquel hombre. Había bastado su aroma, la posibilidad de conseguir un trago más, para convertir a un veterano de guerra reumático en su siervo leal. Apenas sospechaba cuál sería el siguiente episodio en aquella rocambolesca trama que tan al dictado creía controlar.

Los objetos que habrían de servir al Gran Houdin para su representación se apilaban unos sobre otros, a ambos lados del

pasillo, esperando ser transportados. No habían dado ni ocho pasos caminando entre ellos cuando notó un violentísimo estirón, que a punto estuvo de tirarlo al suelo. Tan sumido estaba en la contemplación de aquel reino de maravillas que ni siquiera habría advertido el trote de un elefante que llegara por su espalda. Tomándolo por el cuello, el señor MacQuoid lo retuvo entre unas cajas, golpeándolo contra la pared. Le sorprendió que un hombre como aquel tuviera tanta fuerza. Su mano, convertida en una tenaza traicionera, amenazaba con estrangularle.

—¡Dime qué cojones queréis tu padre y tú, muchacho! —ordenó en voz baja, mudando su gesto en la más amenazadora máscara que Aurelius hubiera contemplado jamás. Su aliento era fétido; el segundo golpe lo recibió en la nariz, aunque no fue más magnánimo que el primero. Nunca antes había reparado en lo mal que olía aquel tipo—. A lo mejor os habéis pensado que soy idiota, pero desde luego, no tanto como para no darme cuenta de que tramáis algo...

Aurelius solo consiguió contestar cuando el señor MacQuoid aflojó su presa. Al principio, sopesó la posibilidad de seguir mintiendo, pero le faltó valor. Tampoco tuvo agallas para intentar huir. Allí, entre tinieblas, el que creía cordero que por un trago se habría dejado conducir al matadero, le pareció un lobo más... Uno rabioso, que a punto estaba de lanzarse sobre su garganta para devorarlo.

—Mi padre... no sabe nada —balbuceó a punto de echarse a llorar—. Ha sido cosa mía.

—¡Maldito bastardo! ¿Qué te traes entre manos?

—Solo quería... —Trató inútilmente de retener las lágrimas, pero no pudo—. Solo quería ver al Gran Houdin.

El señor MacQuoid permaneció un momento en silencio.

—No me dejarán verlo —añadió Aurelius—. Mi padre piensa que es un charlatán.

—¿Te crees que soy una puta a la que puedes comprar por cuatro gotas de ginebra de mierda? —volvió a empujarlo.

La nuca de Aurelius golpeó contra la fría pared.

—No señor... Yo solo...

—¡Maldito chiquillo!

—Yo solo quería verlo... No quise ofenderlo, señor MacQuoid. ¡Se lo juro por lo más sagrado!

—Entonces, ¿tu padre no sabe nada de esto?

—No, se lo juro. Fue todo idea mía. Esperaba que usted se compadeciera de mí y me colara en el teatro.

—¿Que me... qué?

—Que se compa... —rectificó—. ¡Que le diera pena! ¡Perdóneme, señor MacQuoid!, al fin y al cabo no he hecho más que invitarlo.

Poco a poco, Walter Acisclo MacQuoid fue aflojando su presa.

—¡Maldita sea mi estampa! —Alzando la mano, con la palma extendida, amenazó con abofetearlo. Pero no terminó de hacerlo. Culminó el gesto con un capirotazo en la coronilla del muchacho, cuyo sonido certificó el hueco en su cabeza—. Si es que tengo que tener cara de tonto...

—¡Perdóneme, por favor, señor MacQuoid! —Aurelius comenzó a enjugarse las lágrimas con la manga. Trató de ganarse la clemencia de aquel hombre mientras lo hacía, mostrándose lo más desamparado y arrepentido posible. No tuvo que fingir demasiado.

—Dame la petaca, anda.

Aurelius se la entregó.

—Sí, esta es mejor, que es de plata... Mucho mejor, dónde va a parar —murmuró, devolviéndola a su bolsillo—. Espero que esto quede entre nosotros, y que sigas tratándome con la misma deferencia cada vez que pase por tu casa, pero intenta ser más discreto o tu padre se dará cuenta. —El señor MacQuoid clavó su dedo índice en el pecho del joven Aurelius—. A partir de ahora, irás cambiando: un día brandy, otro una pinta de cerveza... Así se notará menos. Y no me lo des a escondidas. Intenta cobrarme tú la primera vez. Te guardas el dinero y al día siguiente cuando vayas a hacer los recados, vienes y me lo devuelves. ¿Está claro?

El muchacho asintió todavía atemorizado.

—Creo que tú y yo vamos a ser buenos amigos de ahora en adelante... Toma, límpiate. —Le entregó uno de los pañuelos con los que había envuelto la petaca. Puede que aquel trapo llevara décadas sin sentir el frescor del agua—. Pero si se te ocurre volver a engañarme alguna vez, me comeré tus tripas... Recuérдалo.

Un pescozón fue la señal no convenida con la que Walter Acisclo MacQuoid dio aquel pacto por sellado. Antes de dictar sentencia sobre aquel asunto y de pasar a otra cosa, lo agarró por la pechera y, llevándolo hacia sí, acercó su rostro al de Aurelius hasta hacer que sus narices se rozaran. Aquella embestida repentina, el encontrarse los ojos enrojecidos de aquel hombre tan cerca de los suyos, le produjo una impresión que tardaría mucho tiempo en olvidar. A punto estuvo de orinarse encima.

—¡Ah!, y si alguien se entera de algo, lo negaré y luego te buscaré para comerme tus tripas...

Aurelius se quedó clavado al entarimado del suelo, sin saber qué hacer. Definitivamente, el viejo no era tan tonto. El corde-ro tenía colmillos.

—Vamos, anda —dijo—. Un trato es un trato. Te enseñaré esto... Y abrígate, que puedes coger una pulmonía ahí dentro.